



DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

Una ciudad convulsa: Barcelona
Un joven visionario: Gaudí
Una conspiración
que esconde un peligro mortal

Daniel Sánchez Pardos



G
(la novela de Gaudí)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Daniel Sánchez Pardos, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2015

Depósito legal: B. 17.876-2015

ISBN: 978-84-08-14464-9

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

El tranvía se detuvo ante la boca de la calle de la Canuda e hizo sonar varias veces la campana de final de trayecto. «Causas ajenas al control y a la voluntad de la compañía», decían las maneras repentinamente graves del revisor, un muchacho enclenque y lampiño que se había pasado la última media hora rondando con encantadora torpeza a la única señorita que viajaba en el carruaje, pero que ahora, requerido por las nuevas circunstancias, empuñaba su silbato de emergencias con el porte de un profesional largamente curtido en toda clase de imprevistos.

—Abandonen el vehículo de forma ordenada, por favor —repetía, afirmado acrobáticamente sobre el estribo de la puerta lateral y sin dejar de mover en círculos su mano derecha—. No se acerquen a los caballos. Conserve sus billetes para futuras reclamaciones.

Cuatro coches de bomberos ocupaban el paseo central de la Rambla, desenganchados de sus caballerías y enfrentados a un incendio que excedía con mucho, era evidente, sus modestas posibilidades. El aparataje de uno de los coches invadía el carril de bajada hacia el mar, y a su alrededor, desentendidos por completo de los raíles del tranvía, decenas de curiosos repartían su atención entre el impotente ir y venir de los bomberos y el crepitar frenético de las llamas que devoraban, en la acera contraria, un edificio esquinero de cuatro plantas. Los restos indescifrables de un gran cartel comercial

colgaban todavía en los bajos del edificio, que había quedado ya reducido a poco más que una carcasa ennegrecida y humeante: el calor había hecho saltar por los aires el cristal de todas sus ventanas, y los fragmentos, esparcidos por la avenida como un rastro de confeti veneciano, brillaban hermosamente al reflejo multicolor de las llamas. Grupos segregados de hombres y de mujeres se apiñaban en las bocas de las calles adyacentes, en las puertas de los cafés, en los balcones de los edificios que la policía aún no había hecho desalojar, mientras enjambres de niños corrían arriba y abajo sobre el fino manto de cenizas y cristales que cubría el paseo central. Las campanas de la iglesia de Belén tocaban frenéticamente a incendio desde lo alto del llano de la Boquería, y al pie de la fuente de Canaletas, entre las cisternas de dos coches de bomberos, un corro de monjas del convento de Santa Teresa alzaba sus plegarias al cielo en medio de la indiferencia general.

En aquel antiguo ritual ciudadano que se desarrollaba a nuestro alrededor, nadie tenía ojos para otra cosa que no fueran las formas del fuego.

—Abandonen el vehículo de forma ordenada, por favor. No se acerquen a los caballos.

Pese a todo, me alegré de dar por terminado el viaje y pisar de nuevo tierra firme. Un temblor de caballos inquietos había venido agitando el tranvía ya desde la primera curva de la plaza de Cataluña, cuando el olor inconfundible del incendio había acabado por imponerse sobre los otros olores habituales de aquella parte de la ciudad, y ahora, frente a la boca de la Canuda, ante la inmediata proximidad de las llamas, las cuatro bestias parecían a punto de renunciar ya por completo a cualquier resto de aprendida compostura y entregarse al más puro instinto de su terror animal.

No me gustaría ser ahora el conductor de este tranvía, pensé mientras descendía los dos últimos peldaños de la escalerilla lateral. Ni tampoco su revisor. Ni ninguno de los

muchos curiosos que admiraban la evolución de las llamas desde el centro de los raíles.

—Este, caballero, es el aroma de mi juventud —dijo entonces a mi lado uno de los muchos viejos que observaban la escena.

—¿Disculpe?

—El olor del fuego en la Rambla. Este olor. —El hombre olfateó con exagerada fruición el aire que tenía delante de sus narices—. Lo huelo y estoy viendo otra vez todos los conventos ardiendo.

Sonreí educadamente.

—Debió de ser todo un espectáculo.

—Ya puede usted decirlo, joven. —El hombre inhaló otro par de bocanadas de humo y suspiró sonoramente—. El fuego corría de una muralla a la otra. El aire olía a hábito quemado. Y al final, ¿para qué?

Al final, para que unas monjas se cogieran de las manos y rezaran a gritos junto a una fuente cuya agua, al parecer, nadie sabía cómo trasladar hasta el edificio que se consumía entre las llamas frente a ella. Lo pensé, pero no lo dije.

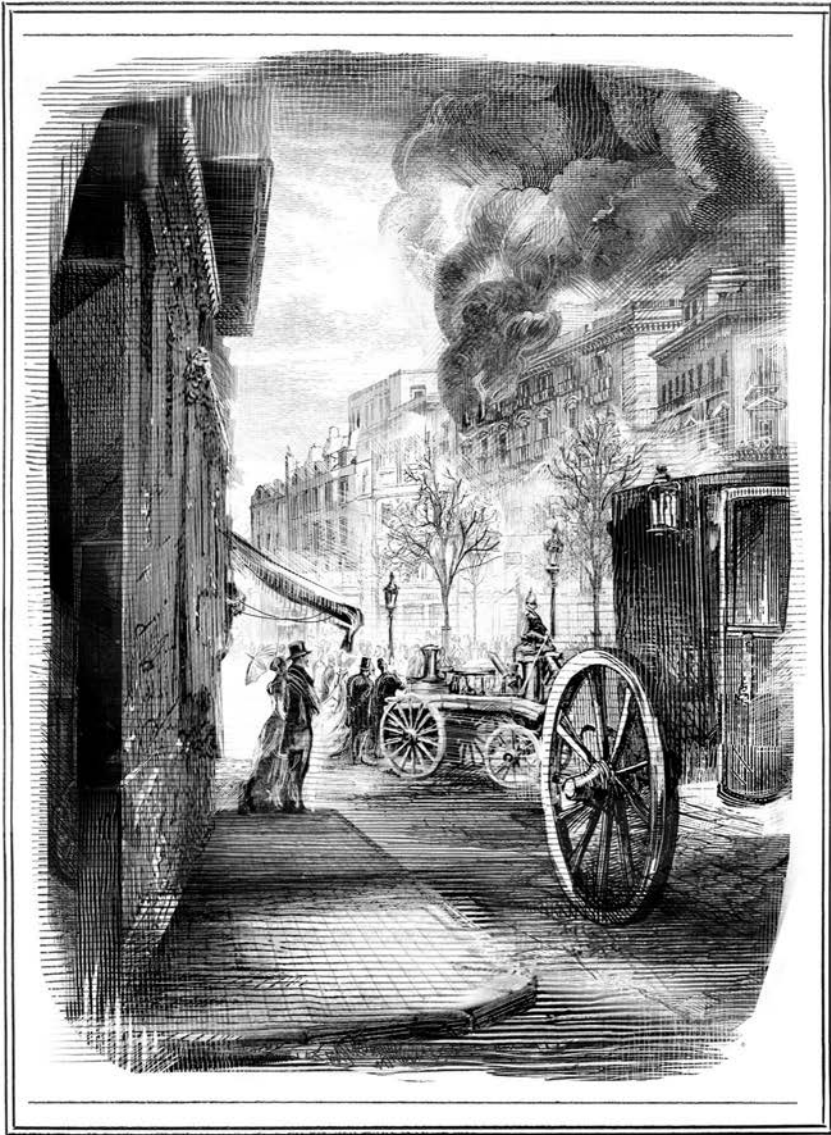
—Ojalá hubiera podido verlo.

—Si hubiera podido verlo, ahora sería tan viejo como yo. No se lamente.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza y se alejó Rambla abajo, husmeando todavía el aire con los ojos empañados de nostalgia por los días felices de la quema de conventos de 1835. Ese viejo no sería el único barcelonés que aquella noche soñara con los lejanos tiempos de su juventud perdida, pensé mientras lo veía desaparecer entre las demás sombras humanas que se apiñaban en torno al incendio.

Barcelona: la única ciudad del mundo en la que a los viejos se les ponía un nudo en la garganta cada vez que olían a ladrillo quemado.

Una ciudad en la que los abuelos soñaban con quemar iglesias y sus nietos soñaban con hacer dinero.



Cuatro coches de bomberos ocupaban el paseo central de la Rambla,
desenganchados de sus caballerías
y enfrentados a un incendio que excedía con mucho,
era evidente, sus modestas posibilidades.

El revisor había concluido ya sus labores de desalojo en el interior del tranvía, y ahora conversaba relajadamente con el conductor al pie del pescante. Los caballos seguían amarrados al complejo sistema de arneses que los conectaba al vehículo, y a su alrededor comenzaba a congregarse un grupito de niños atraído por la enésima novedad de la mañana. También rondaban la escena un perro de tres patas de raza indefinida y un mendigo tocado con un tricornio de color azul. Mi atención se detuvo unos instantes en esa extraña pareja, el mendigo barbudo y andrajoso y su pobre perro de tres patas, antes de regresar al edificio en llamas.

Fue entonces, lo recuerdo, cuando vi asomar la roja cabeza de Fiona Begg entre el mar de cabezas negras que ocupaban el paseo central de la Rambla.

Y también fue entonces cuando estuve a punto de morir aplastado por cuatro caballos desbocados.

Todo sucedió en cuestión de segundos. Divisé a Fiona en el paseo central de la Rambla y di un instintivo paso al frente en su dirección, invadiendo el carril bloqueado del tranvía, y en ese mismo instante los caballos comenzaron a patear furiosamente el empedrado y a revolverse de manera enloquecida en el interior de sus arneses, decididos a reanudar la marcha Rambla abajo con el ímpetu de todo el terror acumulado en su sangre antigua.

Recuerdo, en esas décimas de segundo, los ojos desorbitados de los dos primeros caballos fijos en mí. Recuerdo el sudor humeante de sus costillares y el polvo de ceniza que cubría sus crines negrísimas. Recuerdo la humedad de sus belfos, que se abrían y se cerraban y se abrían de nuevo. Recuerdo el olor de sus alientos en el instante previo a derribarme, y los gritos de los niños en estampida, y el dolor salvaje de un impacto que no se llegó a producir.

—¿Está usted bien, caballero?

De rodillas junto al tranvía nuevamente detenido, alcé la vista hacia el lugar del que había surgido aquella pregunta y

vi a la persona que, según todos los indicios, acababa de salvarme la vida.

Se trataba de un joven alto y delgado, bien parecido, pálido de rostro y completamente afeitado. Tendría, como yo mismo, poco más de veinte años. Vestía unos pantalones negros de impecable corte inglés y una ajustada levita bajo la que asomaba un corbatón anudado de manera un tanto extravagante. Sus ojos eran los más azules que yo había visto desde mi regreso a Barcelona, y por debajo del sombrero de copa alta que coronaba su figura asomaba una abundante cabellera casi tan rojiza como la de la propia Fiona.

La mano izquierda del joven sostenía con firmeza mi antebrazo derecho: el mismo, deduje, del que acababa de tirar para apartarme de la trayectoria de los caballos desbocados.

—Creo que sí —murmuré, poniéndome en pie con su ayuda y calibrando la situación desde mi recién estrenada perspectiva de superviviente de un atropello.

Ninguna extremidad aplastada por los cascos de ningún caballo. Ningún hueso roto, retorcido o asomando entre la carne abierta. Ningún reguero de sangre a la vista.

—Ningún daño irreparable —resumió el joven, al tiempo que esbozaba una sonrisa un tanto forzada y liberaba la presión de su mano sobre mi antebrazo. Se alejó entonces unos pasos, recogió mi sombrero del charco de barro en el que había caído y me lo tendió con una cierta ceremonia—. Aunque me temo que este chambergo ya no volverá a ser el mismo.

Cuatro o cinco hombres de uniforme, advertí entonces, me rodeaban con aire ansioso y con expresiones variadamente solícitas, y tras ellos, a una distancia prudencial de los raíles del tranvía, había un centenar de pares de ojos posados sobre mi persona. Por unos instantes, el incendio de la Canuda había pasado a un segundo plano y el protagonismo lo ostentábamos, siquiera fugazmente, mi espectacular muerte frustrada y yo mismo. Otros dos hombres de uniforme, tal

vez el conductor del tranvía y su enclenque revisor, forcejeaban todavía con los cuatro caballos junto a la retaguardia de los coches de bomberos. Los animales seguían agitándose como pequeños demonios negros en el interior de sus bridas, pero ya no parecían los heraldos de una muerte dolorosa y humeante: ahora sólo parecían cuatro pobres bestias asustadas y empapadas en sudor.

Cogí mi sombrero y lo miré con interés.

—Un sombrero recién estrenado —creo que dije.

El joven pelirrojo asintió seriamente.

—Una lástima, entonces. ¿Seguro que está usted bien?

Ni siquiera tuve ocasión de responderle. Uno de los hombres de uniforme que se habían congregado a mi alrededor resultó ser un alto responsable de la empresa de tranvías, y su sentido del deber lo llevó a acaparar mi atención durante los dos o tres minutos siguientes con un sinfín de ruegos, lamentos y disculpas no solicitadas que lograron acabar con mi paciencia. Cuando por fin pude quitarme al hombre de encima, el joven ya había desaparecido y en su lugar, o en un lugar muy próximo al que él había ocupado, estaba ahora la mujer por cuya causa indirecta yo había estado a punto de morir.

—¿Esta es la forma que tienes de inaugurar tu vida de estudiante? —fue lo primero que me preguntó—. ¿Arrojándote a los pies de un tranvía?

Fiona Begg.

La ilustradora principal de *Las noticias ilustradas*.

La mujer cuyo acento de niña criada a golpe de campana de St. Mary-le-Bow seguía produciéndome ahora, cada vez que lo oía, un pequeño vuelco en el estómago y una oleada renovada de rencor hacia mi padre.

—Estoy bien —dije, cogiendo la mano enguantada que Fiona me tendía y apretándola suavemente—. Un pequeño accidente.

Por debajo de su máscara habitual de *cockney* endurecida e imperturbable, Fiona me miraba con genuina preocupa-

ción. Un agradable rubor coloreaba las facciones minuciosamente inglesas de su rostro, como si acabara de empolvárselo justo antes de salir de las oficinas del diario o quizá, más probablemente, como si el humo cada vez más negro y más espeso que emergía de las tripas del edificio en llamas comenzara a ejercer su efecto sobre la salud de quienes no nos decidíamos a alejarnos de él.

—¿Un pequeño accidente? En Londres, Gabriel, a esto lo llamamos «estar a punto de morir atropellado por un tranvía».

—En Barcelona no somos tan dramáticos —repliqué, sorprendiéndome al instante de aquel uso inesperado de la primera persona del plural—. ¿Qué haces aquí?

Fiona agitó brevemente el cuaderno de dibujo que sostenía contra su pecho.

—¿A ti qué te parece?

—¿Te ha enviado mi padre?

La mujer negó con la cabeza, provocando un delicioso temblor de cuentas azules y de trenzas rojizas y también, me pareció, una fugaz polvareda de cenizas en torno a su rostro.

—Me ha enviado *mi* padre.

—Ningún asesinato en las últimas veinticuatro horas —aventuré.

—Un incendio es un incendio. Y más cuando lo que arde es...

Fiona no pudo concluir la frase. Una cornisa entera de la planta superior del edificio en llamas se derrumbó en ese mismo instante sobre la acera de la calle de la Canuda, provocando una inmediata reacción en cadena de gritos espantados, de carreras y empujones y de redobladas oraciones en el paseo central de la Rambla. Los caballos se encabritaron nuevamente bajo sus arneses en la cabeza del tranvía, los bomberos comenzaron a enrollar sus inútiles mangas de agua y a gritarse los unos a los otros consignas ininteligibles en torno a sus coches estacionados, y una nube maloliente del color del hollín sobrevoló a muy baja altura las cabezas de todos los

presentes antes de ir a fundirse con la densa nube general de contaminación barcelonesa. Esta vez, incluso los enjambres de niños que corrían en círculos entre los coches de bomberos huyeron a toda prisa en dirección a la seguridad de la plaza de Cataluña.

Fiona se acercó un poco más a mí y enlazó su brazo con el mío.

—Será mejor que te saque de aquí —dijo, sin dejar de pasear la mirada a nuestro alrededor con característica avidez. Registrando en su memoria prodigiosa cada detalle del espectáculo, recuerdo que pensé; fotografiando con sus ojos y con su cerebro, desde todos los ángulos posibles, la escena que nos rodeaba—. No me gusta nada la forma en que te siguen mirando esos caballos.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto mi seguridad?

Fiona me sonrió con repentina dulzura.

—Si dejo que te maten en mi presencia, tu padre podría tener la tentación de despedirme.

Sonreí yo también.

—Ya veo.

Las campanas de la iglesia de Belén interrumpieron en ese momento su repicar a incendio y anunciaron que eran las nueve de la mañana. Hora de ponerme en marcha, en cualquier caso: a las diez tenía que estar inaugurando mi nueva vida de estudiante en el edificio de la Lonja de Mar, a media ciudad de distancia de allí, y ni siquiera un amago de atropello podría justificar ante Sempronio Camarasa mi no presencia en clase el primer día de curso. Así que me calé lo mejor que pude mi maltrecho sombrero, cerré mi brazo sobre el brazo de Fiona y juntos los dos de nuevo, como dos viejos amigos, como si nada hubiera sucedido nunca entre nosotros, emprendimos la marcha Rambla abajo, camino del mar.

Las oficinas de *Las noticias ilustradas* ocupaban las tres plantas de un hermoso palacete renacentista situado en la zona oeste de la calle de Fernando VII. La elección de un edificio tan céntrico, tan caro, tan poco acondicionado para un moderno uso industrial y, en definitiva, tan claramente excesivo para lo que no dejaba de ser la sede de un mero diario sensacionalista tenía, según Martín Begg, un sentido que no se medía en dinero ni en comodidad, ni tampoco en eficacia. Lo que las gárgolas y los arquivados y las ventanas de arco de medio punto de aquella fachada varias veces centenaria ofrecían era puro capital simbólico. El director de *Las noticias ilustradas* lo explicaba con una colorista analogía que mi padre, dueño del bolsillo que pagaba el alquiler, no se cansaba de repetir a la mínima ocasión: instalar la redacción de un diario especializado en sucesos criminales en un palacio de la zona noble de la ciudad era como instalar un burdel en una iglesia abandonada. La decisión parecía arriesgada, pero todo el mundo hablaba de ti.

Aquella mañana, el trajín de tipógrafos y de compaginadores, de industriosas secretarias, de chicos de los recados y de periodistas a la carrera no se diferenciaba en nada del que había animado la planta baja del edificio en mis tres visitas anteriores. El rugido mecánico de las imprentas que ocupaban su gran nave central se mezclaba con las voces de los operarios que las controlaban, diez o doce hombres enfundados en guar-

dapolvos azules y envueltos en ese aire de despreocupada eficacia propio de los trabajadores manuales bien cualificados. Varios plumillas apenas mayores de edad iban y venían a su alrededor cargados de fajos de papeles, de cuadernos de notas y de láminas ilustradas a medio terminar, y de vez en cuando un periodista algo más veterano asomaba la cabeza por el hueco de la escalera y profería a voz en grito alguna orden a la que ninguno de los presentes parecía atender.

Las secretarías, por su parte, ocupaban toda una fila de escritorios situados en el extremo izquierdo de la sala, entre la puerta de acceso al patio interior del edificio y el pie de la escalinata que conducía a la planta noble de la redacción. Una pared acristalada las separaba de la maquinaria de imprenta y de quienes pululaban a su alrededor, protegiéndolas del ruido ambiental, del fuerte olor a tinta y a papel caliente y también, seguramente, del lenguaje no siempre apropiado de sus compañeros de planta. Todas las secretarías, sin excepción, eran jóvenes y atractivas, y la mayoría iban vestidas como señoritas de la mejor familia. Como en las ocasiones anteriores, ninguna de ellas reparó en mi presencia: aisladas del mundo por una fina película de cristal esmerilado, bañadas en la luz artificial de sus grandes lámparas de pie, las cabezas de las muchachas permanecían en todo momento agachadas sobre los montones de facturas, de correspondencia y de informes internos que debían despachar, y el único movimiento que se apreciaba en torno a sus personas era el pulcro ir y venir de las estilográficas sobre el papel.

—Si has terminado ya de inspeccionar a esas señoritas puedes darme tu sombrero —dijo Fiona, mirándome con aire divertido desde el quinto peldaño de la escalinata—. Alguien habrá por aquí arriba que sepa qué hacer con él.

Algo azorado, aparté la vista de la hilera de secretarías y reanudé la marcha escaleras arriba.

—No estaba inspeccionando a nadie —murmuré—. Sólo estaba...

—Puro interés profesional, lo entiendo —me interrumpió Fiona—. Al fin y al cabo, eres el hijo del jefe.

El hijo del jefe. En cualquier otra circunstancia, este hubiera sido el inicio de una larga discusión con Fiona en torno a los peajes y las servidumbres y los muy dudosos beneficios asociados a mi condición de primogénito de Sempronio Camarasa. Pero el tiempo comenzaba a apremiar.

—Y ya te he dicho que no es necesario que nadie me limpie el sombrero.

—Es tu primer día de clase. Aunque estemos en Barcelona, no puedes presentarte en tu primer día de clase con un sombrero manchado de barro.

—Peor será presentarme con el sombrero limpio y con media hora de retraso.

—Es sólo un momento. Si me esperas en mi despacho, haré que alguien te traiga una taza de chocolate.

Antes de que yo pudiera seguir protestando, Fiona desapareció por el pasillo que se abría a la derecha del vestíbulo principal de la primera planta con mi sombrero en una mano y su cuaderno de dibujo en la otra. Dos jóvenes vestidos con el atuendo habitual de los periodistas de calle se cruzaron en su camino antes de que un brusco recodo del pasillo me hiciera perderla de vista; ni ellos hicieron amago de saludarla, ni ella volvió un centímetro la cabeza en su dirección. Las cosas seguían tensas en las entrañas de *Las noticias ilustradas*, pensé. O tal vez los jóvenes fueran sólo dos recién llegados que desconocían la identidad de la dama a la que acababan de ignorar.

El despacho de Fiona, comprobé al instante de entrar en él, se parecía cada vez más a la cámara de los horrores de madame Tussaud. Decenas de ilustraciones cubrían casi todas las superficies horizontales de la habitación, incluidos el suelo, la otomana y los tres sillones de buen cuero andaluz que rodeaban el escritorio principal, y todas juntas componían un carrusel abrumador de miserias humanas que la pluma de

Fiona sabía esbozar con todo lujo de detalles en apenas unos cuantos trazos de tinta negra y espesa como sangre coagulada. Hombres y mujeres colgados de una horca, de la rama de un árbol o del borde de una cornisa a punto de ceder. Hombres apuntados al corazón por armas de fuego. Mujeres desmayadas ante la espita abierta de una lámpara de gas. Hombres y mujeres acuchillados públicamente, estrangulados en la intimidad del hogar, golpeados hasta la muerte con toda clase de objetos de variada contundencia. Hombres, mujeres y niños atrapados en incendios, en naufragios o en accidentes de circulación, pidiendo auxilio a gritos ante la impotencia de los espectadores, muriéndose para siempre en el interior de unas viñetas tan absurdas e irreparables como la misma vida real.

La hija única de Martin Begg, saltaba a la vista, no había perdido ni un ápice del talento que ya en Londres le había servido para hacerse un nombre como la ilustradora más desinhibida de toda la prensa local.

—No he encontrado a nadie dispuesto a traerte el chocolate —anunció en ese instante Fiona, entrando sin llamar en el despacho y sorprendiéndome con la escena particularmente sangrienta de un crimen pasional entre las manos—. Pero yo tengo a todo un redactor jefe cepillándote el sombrero. ¿Te gusta?

Sus ojos grises observaban la ilustración que mi curiosidad acababa de escoger de entre la pila que cubría el cabezal de la otomana. La miré de nuevo yo también: una mujer de rodillas en pleno centro de un impecable salón burgués, las manos unidas ante el rostro y el vestido a medio componer, y ante ella, feroz como un vengador medieval, un hombre de enhiestos bigotes que empuñaba un chorreante cuchillo en posición descendente.

—¿Que malgastes tu talento en esta porquería? Ya sabes que sí.

Fiona sonrió.

—Algunos, querido, tenemos que trabajar para comer —dijo, cerrando a su espalda la puerta del despacho con un ágil golpe de cadera. En la mano derecha sostenía aún el cuaderno de dibujo que la había acompañado desde nuestro encuentro en la Rambla, y en la izquierda llevaba ahora una taza de chocolate humeante—. Lo he preparado yo misma.

Tomé la taza que Fiona me tendía y le di las gracias. Bebí un sorbo, lo saboreé y asentí con seriedad.

—Excelente.

—Y muy bueno para recuperar la templanza. ¿Nos sentamos?

Fiona cogió varios de los montones de dibujos que cubrían la parte central de la otomana y los trasladó hasta sus extremos, formando sendas pilas de papel de varios centímetros de altura. Luego tomó asiento junto a la pila de la derecha y me invitó a hacer lo propio a su lado.

—Un espacio de trabajo un tanto sobrecargado, ¿no?

—Da un poco de miedo pensar que el diario lleva sólo un mes y medio en marcha, sí —dijo, mirando pensativamente a su alrededor—. Dentro de un año, este despacho será intransitable.

Dentro de un año, pensé, probablemente ni ella ni el diario seguirían allí.

—Será cuestión de ir colonizando nuevos despachos —dije en cambio.

Fiona abrió entonces su cuaderno de dibujo y me lo puso sobre las rodillas.

—¿Esto te parece porquería?

Inspeccioné durante un par de minutos las varias ilustraciones que ocupaban las últimas páginas del cuaderno, dedicadas todas ellas a recoger hasta el último detalle del incendio que acabábamos de presenciar: el humo, las llamas y las nubes de ceniza; los coches de bomberos; los policías uniformados e inútiles; el corro de monjas en oración; el tranvía detenido en el carril de bajada hacia el mar, con sus caballos

en posición de reposo y los raíles invadidos por decenas de curiosos convertidos en pequeñas manchas negras de asombrosa vivacidad.

—Tal vez he sido un poco brusco en mi apreciación anterior —concedí por fin, admirando como siempre la habilidad de Fiona para condensar la profusa realidad, tan cargada de detalles superfluos y de molestas incongruencias, en una limpia geometría de trazos de tinta eficazmente significativos.

—Un poco brusco. Viniendo de ti, lo tomaré como un cumplido.

Seguí admirando durante unos instantes más los esbozos de Fiona, hasta que por fin reparé en las letras del cartel que colgaba sobre la fachada de la planta baja del edificio en llamas.

—*La gaceta de la tarde* —leí.

Fiona debió de ver el asombro reflejado en mi cara. El asombro, y la inquietud, y también la incredulidad.

—¿No lo sabías?

Negué con la cabeza. No lo sabía.

—¿Por eso te ha enviado tu padre a cubrir el incendio? —pregunté.

Fiona se encogió de hombros.

—Un incendio en la Rambla siempre es una noticia interesante —dijo, sin el menor convencimiento—. Aunque esto lo es aún más.

La gaceta de la tarde.

El principal competidor de *Las noticias ilustradas* en el segmento vespertino de la prensa local.

El respetable diario conservador cuya cuota de mercado había comenzado a reducirse de forma drástica como consecuencia directa de la nueva aventura empresarial de mi padre. Y también, desde hacía menos de una semana, el instigador de una feroz campaña pública de desprestigio en contra del propietario, del director y de la ilustradora principal de «ese periodicucho analfabeto y anglicanizante» que acababa

de aterrizar en Barcelona «con la soberbia habitual de todos los hijos de Albión», y cuya manera de proceder contraria a las más básicas normas de urbanidad y de decencia sólo buscaba, en palabras también literales de uno de sus últimos editoriales, «el enriquecimiento inmediato de sus dudosos responsables a cambio del embrutecimiento del gusto y de la corrupción del alma de un público poco letrado, mal prevenido e indefenso ante los fáciles encantos del sensacionalismo y la perversión».

Si lo que había ardido aquella mañana era la sede de *La gaceta de la tarde*, a mi padre acababa de surgirle un grave problema.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

Fiona asintió con una sonrisa en los labios.

—Un diario menos con el que competir.

—Hablo en serio.

—Y yo también. ¿Esperas que sienta lástima por la mala fortuna de una gente que nos ha llamado lo que nos ha llamado a tu padre, al mío y a mí?

—Espero que sientas inquietud por todas las cosas que van a empezar a decirse de vosotros a partir de esta misma tarde en todos los demás diarios.

Fiona agitó la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Piensas que el incendio ha sido cosa nuestra?

—Claro que no. Pero sé lo que pensarán otras personas. O lo que fingirán pensar.

—Lo que fingirán pensar —repitió Fiona.

—*La gaceta de la tarde* ataca públicamente a *Las noticias ilustradas*. *Las noticias ilustradas* responde también públicamente al ataque de *La gaceta de la tarde*. Y unos días después, las oficinas de *La gaceta de la tarde* acaban reducidas a cenizas. ¿No te parece una historia demasiado buena como para no aprovecharla?

«Tu padre lo haría sin dudarle», estuve a punto de añadir. Y Fiona, evidentemente, pensó lo mismo que yo.

—Publicidad gratuita, en cualquier caso —afirmó—. Mi padre sabrá aprovecharla. Y al tuyo no le importará que lo haga.

Esto último, desde luego, también era cierto. Cuando había dinero de por medio, el sentido del honor de mi padre y sus grandes ideales humanistas se disolvían como un terrón de azúcar en absenta.

—Ya veo —dije—. ¿Portada esta misma tarde?

—En cuanto componga algo decente con estos esbozos y lo entregue en la redacción.

Me imaginé la apariencia del diario que saldría en menos de seis horas a la calle: la tipografía esquinada del titular, la ilustración a tres cuartos de página, el pie de imagen rebozante de adjetivos y de signos de exclamación y, en páginas interiores, la prosa cuidadosamente escogida para, sin decir nada, darlo todo a entender.

Problemas.

—Esto no me gusta ni un pelo —comenté.

—Por eso tú no trabajas aquí.

En ese instante sonaron dos golpes secos en la puerta del despacho. Antes de que Fiona pudiera incorporarse en la otomana y preguntar quién llamaba, la puerta se abrió de par en par y por ella apareció un hombre de unos sesenta años con grandes bigotes, largas patillas y una expresión malhumorada en el rostro.

—Su sombrero, señorita —dijo, arrojándole mi chambergo a Fiona desde el umbral de la puerta y desapareciendo al instante.

El sonido que hizo la puerta al cerrarse se pareció mucho al que hace una cornisa al desplomarse sobre un suelo empedrado.

—¿El redactor jefe? —pregunté.

—Un viejo con carácter —asintió Fiona, recogiendo mi sombrero de la pila de dibujos sobre la que había caído y examinándolo con aprobación—. Pero un viejo que sabe manejar un cepillo.

Tomé el sombrero de entre las manos de Fiona y me lo calé con cuidado, notando al instante en la cabeza una agradable calidez que me sugirió, absurdamente, la imagen del viejo redactor jefe poniendo a hervir una tetera en su despacho y sosteniendo mi chambergo ante su chorro de vapor. Acto seguido le devolví a Fiona su cuaderno de dibujo, apuré el último trago de chocolate y me puse en pie.

—Ahora sí que me tengo que ir —dije.

Fiona se levantó también.

—¿De verdad estás preocupado?

—¿Por mi primera clase?

—Por el incendio.

Me encogí de hombros.

—Preferiría que no hubiera sucedido.

—Preferirías que tu padre nunca hubiera fundado este diario.

Sonreí tristemente.

Preferiría que mi padre nunca hubiera decidido regresar a Barcelona.

—Yo no diría tanto —murmuré, tomando la mano que Fiona acababa de tenderme a manera de despedida y besándola con suavidad.

Y por un instante, mientras la puerta de su despacho terminaba de cerrarse entre nosotros, me pareció que los ojos grises de la inglesa volvían a mirarme con el fulgor y la intensidad con los que alguna vez, en otra vida, me habían observado fijamente entre las sombras de ciertos barrios polvorientos del East End.